

Planeando casi inmóvil, el águila real
(*aquila chrysaetos*) vigila sus terrenos.



OCHO MUNICIPIOS ACUERDAN PROTEGER AL AVE DEL ESCUDO NACIONAL

Los guardianes del águila real

Hay un lugar en la faja central de México donde los pastizales son tan extensos como 100 campos de fútbol, y las barrancas tan profundas como sótanos de 20 pisos. En esas rajadas de la tierra, cuyos bordes son peñones pardos, nacen y crecen águilas reales: el ave del escudo nacional, el cazador implacable capaz de distinguir a una ardilla o una serpiente desde los 800 metros de altura. Para cuidar ese hábitat, que es el lugar del país con más nidos de águilas registrados, ocho municipios de Zacatecas y Jalisco crearon una alianza inédita. Y es que el Subcomité Técnico Consultivo para la Recuperación del Águila Real, órgano asesor del gobierno federal, calcula que sobreviven sólo entre 90 y 120 parejas de esta especie, por la que los ganaderos pagaban cinco pesos por cabeza hace menos de dos décadas. Pero ha dejado de ser vista como un peligro para ser rescatada.

Por Antimio Cruz / enviado
acruz@m-x.com.mx

Fotografías: Fulvio Eccardi

Monte Escobedo, Zacatecas.- Un día Carlos Carrillo cambió su rifle calibre 2.84 por una cámara de video. Era 1993 y él tenía 35 años. Desde que cursaba segundo de primaria, cada

mañana recorría el monte en busca de venado, jabalí, guajolote silvestre o liebre para el sustento familiar. Pero algo cambió con el tiempo: la cacería ya no era emocionante y sus hermanos habían migrado a Estados Unidos.

Ahora, mientras espera casi inmóvil bajo la sombra de un mezquite, recuerda un extraño encuentro a la edad de 14 años:

“Estaba sentado en un ‘divisadero’ de cacería de venado cuando llegó un águila real y se perchó, como a 50 metros de mí. Yo tenía el rifle pero no me moví y ella me dejó verla con mucho detalle. Fue muy impresionante porque cuando era muy niño la había visto por primera vez y me dijeron que era el ‘águila potrillera’ porque se robaba las crías de los caballos. Ahora sé que un águila de ocho kilos no puede llevarse a un potrillo de 20 kilos”, cuenta Carrillo, mientras vigila vestido con un traje de nylon, de colores verde y arena, que lo camuflajea hasta la cabeza.

“Bajé corriendo con mi madre y me dijo que era el águila que está en la bandera y en el dinero. Me pregunté entonces por qué si ese animal era tan importante le tiraban de balazos. Decidí no volver a andar con los que les ponían trampas”.

Colorado, barbado, con negras cejas pobladas, don Carlos siguió saliendo al cerro pero en casi 20 años no volvió a ver otra águila. La ausencia le parecía natural, tampoco había ya lobo mexicano. Era lógico porque durante mucho tiempo las uniones ganaderas pagaban por matar a esos dos depredadores naturales: cinco pesos por águila real y 20 pesos por lobo mexicano.

“Los que no cobraban a la unión ganadera colgaban en un burro el cuerpo muerto del lobo o el águila y recorrían el pueblo para que la gente les diera dinero por haberlos librado de esa plaga”.

Eso fue hace dos décadas. Hoy Carrillo y miles de pobladores de la zona han cambiado su actitud hacia la mayor ave de América del norte. Saben que en la región donde viven, ahí en donde los estados de Jalisco y Zacatecas se unen como dedos entrelazados, se han localizado más nidos de águila real que en cualquier otro lado de México.

El Subcomité Técnico Consultivo para la Recuperación del Águila Real, que es un órgano asesor del go-

bierno federal, calcula que en todo el país hay entre 90 y 120 parejas del águila que es símbolo de México. En el sur de Zacatecas y el norte de Jalisco se han contado 25 sitios de anidamiento.

Este lunes, mientras el rumor de un arroyo perezoso y el zumbido de coleópteros sirven como sonido de fondo a decenas de aves insectívoras que bajan de las piedras y luego se van, Carlos Carrillo mantiene la nuca rígida, sólo mueve y mueve los ojos como un rápido escáner de fotocopidora. Busca una sombra que se desplace sobre los gigantescos paredones: es el modo más fácil de ubicar a esta impresionante ave que se mezcla con el paisaje casi a la perfección.

Así ha esperado muchas horas, a lo largo de años, desde que en 1993 se autorizó un pequeño presupuesto municipal para que recorriera el monte en busca de nidos que proteger e imágenes para enseñar a los niños y jóvenes de la comarca. Él ha visto 124 polluelos nacidos a lo largo de 15 años. De esas crías, 106 levantaron el vuelo y menos de 50 águilas siguen en la zona.

“¿A dónde van? Esa es nuestra gran pregunta, pero no tenemos dinero para colocarles equipo de monitoreo. Esa es la siguiente cosa que me gustaría poder responder”, cuenta el guía y ecólogo.

Entre 1996 y 2006 se encontraron 24 águilas reales muertas en el país, debajo de líneas eléctricas.

PAISANOS Y CHARROS

Los ojos de centinela con los que un cazador observa a los peñascos, son los mismos con que los viejos observan a hombres y mujeres jóvenes que el domingo por la noche caminan en círculos en el jardín principal de Monte Escobedo.

Es el día de descanso. Normalmente la jornada empieza con la ordeña. Luego los varones salen a pastorear y vigilar vacas, borregos y cabras, mientras las mujeres preparan productos lácteos, como el queso asadero.

Después de la misa vespertina, oficiada en un templo de 1905, una decena de jóvenes, vestidos con gorras de beisbol y zapatos deportivos, paga a la tambora Los Diamantes para que nunca termine su canción. Deambulan animados por las notas musicales de *La puerta negra*, al tiempo que las jóvenes serranas, espigadas, con piel rosada y ojos verdes, disimulan su interés pero siguen el ritual de caminar en círculos.

Son una comunidad singular, donde las camionetas Cheyenne se frenan para dar paso a los jinetes montados en caballos azabache, alazán y bayo; donde el letrero más grande de la plaza central dice “Se cambian dólares”; donde las señoras venden tamales de queso y chile verde; donde todos aseguran haber visto al águila real.

“Sí, cómo no. Yo la vi cuando vivía cerca de la barranca. Es un águila negra que luego vuela por huecos

como de un metro y medio, por donde nada pasa, más que ellas. Son bien inteligentes y creo que les gusta aquí porque tienen buen futuro con tanta ardilla, rata y conejo”, cuenta Ana María Morales Muñoz, de 58 años, después de servir un atole de cajeta la su marchante.

La rutina de domingo en esta plaza de Monte Escobedo es casi idéntica a la que ocurre en las cabeceras municipales vecinas. Ocho de ellas son casi hermanas, comparten ecosistemas, costumbres y hasta lazos sanguíneos. Algunas son de Jalisco y otras de Zacatecas. Unas están gobernadas por el PRI, otras por el PAN y unas más por el PRD, pero todas son serranas y todos, todos sus habitantes tienen parientes en Estados Unidos.

El 17 de marzo de este año, los presidentes municipales de Monte Escobedo, Tepetongo Susticacán y Valparaíso, Zacatecas, junto con los de Mezquitic, Huejúcar, Colotlán y Villa Guerrero, Jalisco, acordaron que la superficie total de los ocho municipios —que oficialmente suma 12 mil 454 kilómetros cuadrados— sea considerada como región de protección del águila real.

El acuerdo fue ratificado y perfeccionado el 28 de mayo pasado, en presencia de funcionarios de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa) y la Comisión Nacional Forestal (Conafor). Los funcionarios de Semarnat fueron invitados, pero en ninguna de las dos ocasiones llegaron.

“Lo que queremos hacer ahora es crear una asociación civil donde haya representantes de los ocho municipios, porque tenemos el problema de que los calendarios políticos son diferentes en cada estado, y aunque hay muchas coincidencias culturales, sabemos que ninguno de los alcaldes puede garantizar que esto sobreviva a largo plazo si no se crea algún mecanismo para que participe la sociedad civil”, cuenta el presidente municipal Jesús del Real en el segundo piso del ayuntamiento de Monte Escobedo.

Aunque ya se habían hecho esfuerzos aislados para proteger al águila, como ocurrió en 1993, cuando el entonces alcalde Jesús Blanco pidió ayuda a la comunidad para salvar a un polluelo de águila que había llegado lleno de ácaros, fue hasta febrero de este año cuando la alianza entre municipios cobró más forma gracias al impulso del biólogo y fotógrafo de la naturaleza Fulvio Eccardi, el ingeniero forestal Fernando Arenas, el ecólogo Carlos Carrillo y Jesús Blanco, ahora ex alcalde. Ellos han realizado pláticas con fotografías y video para exponer a los presidentes municipales y miembros del cabildo la riqueza biológica de la que son custodios.

“Hemos entendido que este esfuerzo no debe ser una llamarada”, dice cerca de las praderas de Tepetongo el alcalde de esa demarcación, Cuauhtémoc de la Torre. “Quisiéramos que hubiera un presupuesto del Congreso de la Unión, pero sobre todo queremos que los recursos bajen porque con el presupuesto municipal no se puede proteger todo el hábitat. No es nada más tener gente que cuide los nidos contra el saqueo, sino que se evite la caza furtiva de todas las especies que conviven con el águila, es decir, preservar a toda la cadena alimenticia”.

Más de 30 kilómetros al poniente de Tepetongo, pero ya en Jalisco, Edgar Humberto Villarreal, presidente municipal de Huejúcar, habla mientras sus hijos de dos y tres años corren alrededor, montados en caballos de madera. Es joven, tiene 28 años, y coincide con su vecino zacatecano en que el trabajo no sólo consiste en cuidar nidos y huevos.

“Está el tema del agua dulce, pues nosotros ocupamos una región en donde hay unos cuantos manan-

Con el presupuesto municipal no se puede proteger todo el hábitat. No es nada más cuidar los nidos contra el saqueo, sino evitar la caza furtiva de todas las especies

tiales y la mayor parte de la humedad proviene de la lluvia, por eso las obras que hacemos para apoyar a la ganadería, como los bordos y ollas de agua, también ayudan a que vivan los otros animales de la cadena alimenticia del águila”.

Cuatro ecosistemas comparten ese espacio mexicano de 12 mil 454 kilómetros cuadrados: bosque de pino y encino, selva seca, semidesierto con mezquites y barrancos con humedales. Es tan raro el lugar que en menos de 10 kilómetros se puede pasar de un lugar ubicado a 2 mil 800 metros de altura sobre el nivel del mar, donde hay bruma y lechuzas, a una cañada que se alza a sólo mil 500 metros de altura, donde escandalizan guacamayas verdes.

MANTECA CONTRA LOS ÁCAROS

El hecho que hizo que Carlos Carrillo cambiara el rifle por la cámara en 1993 fue el hallazgo de un polluelo de águila. Seguramente la madre había muerto envenenada porque la cría ya tenía varios días de abandono. A



La hembra de águila retira del nido el resto de una ardilla ante la vista de un polluelo adolescente.

su lado estaba el cuerpo de otro polluelo, muerto y cubierto de insectos parásitos. El cazador tuvo miedo de quedarse con el polluelo porque el gobierno municipal tenía un programa para castigar a los depredadores del águila.

Llevó el polluelo a la presidencia municipal. El alcalde de entonces, Jesús Blanco, pidió consejo a los pobladores para salvar al polluelo.

“Nos dijeron que le untáramos manteca para quitarle los ácaros y sobreviviera. La verdad lo hicimos con miedo, pensando que se iba a morir, pero no, sí se recuperó. Luego lo alimentamos con ardillas capturadas en el bosque. Después de dos meses tuvimos que enseñarle a cazar, soltando frente a él ardillas vivas. Así fue el proceso, hasta que lo liberamos. Se hizo una ceremonia en la plaza central y fue mucha gente del pueblo que se tomó fotos con el pollo. Creo que ahí fue donde empezó a cambiar nuestra imagen del águila. Eso fue hace 15 años”, relata Blanco.

Hoy el ex alcalde es uno de los impulsores de la asociación civil que se espera formalizar en los próximos meses ante notario y ante las secretarías de Medio Ambiente y Recursos Naturales y la de Relaciones Exteriores, para tener un programa de trabajo con reconocimiento oficial y poder solicitar donativos privados y universitarios de diferentes entidades y países.

LAS PLUMAS DEL PODER

Cuando el águila Libertad aparece entre los riscos, el resto de los animales guarda silencio, hasta las vacas que pastaban y mugían segundos antes muy cerca de la orilla superior de los desfiladeros. Es como una cruz voladora. Aletea lenta y a veces planea inmóvil.

“Se detuvo, nos está mirando. Sabe que hay intrusos en su territorio”, murmura Carlos Carrillo. Entonces saca la cámara fotográfica, dotada con un lente de acercamiento que es en realidad un binocular adaptado con tuercas y pernos. Entonces comienza a grabar. A llenar con imágenes las costumbres que ya había visto a ojo limpio. Mientras toma el video, cuenta entre susurros:

“Durante el cortejo, mientras la hembra está perchada y mirando, el macho realiza muchas acrobacias: se eleva aleteando para después dejarse caer con las alas cerradas unos 200 metros; esto lo repite hasta cinco veces seguidas. También suele pararse en el suelo y tomar entre sus garras una piedra de hasta medio kilo, con ella se eleva a unos 500 metros, la suelta en picada y vuela para agarrarla en el aire; suele repetir la acción hasta tres veces seguidas”.

El hijo más grande de Carlos, de 23 años, ya se fue a radicar a Los Ángeles, California. El más chico tiene siete años y vive en Zacatecas, pero siempre espera con ansias el día que le toca acompañar al monte a su papá.

“Lo que yo quisiera es que todo lo que he visto no se perdiera. Es un conocimiento que me tomó muchos años y he visto muchas cosas que todavía no he podido registrar. Por ejemplo, cuando el macho se aproxima al nido y vuela, muy pegado a las piedras, pero en una distancia de casi 100 metros se desplaza inmóvil, con las alas casi cerradas, es muy espectacular”, dice Carrillo, que también conoce muy bien a los *wixarika* o huicholes, los cuales pisan sus mismos pasos cuando buscan plumas de poder.

“Quien ve volando al águila real entiende por qué la tribu huichola respeta al águila. Entre ellos el hombre más respetado es el llamado *marakam* o cantador. Él tiene el poder del águila real y lo demuestra ante la tribu cuando deposita en una ceremonia dos plumas de

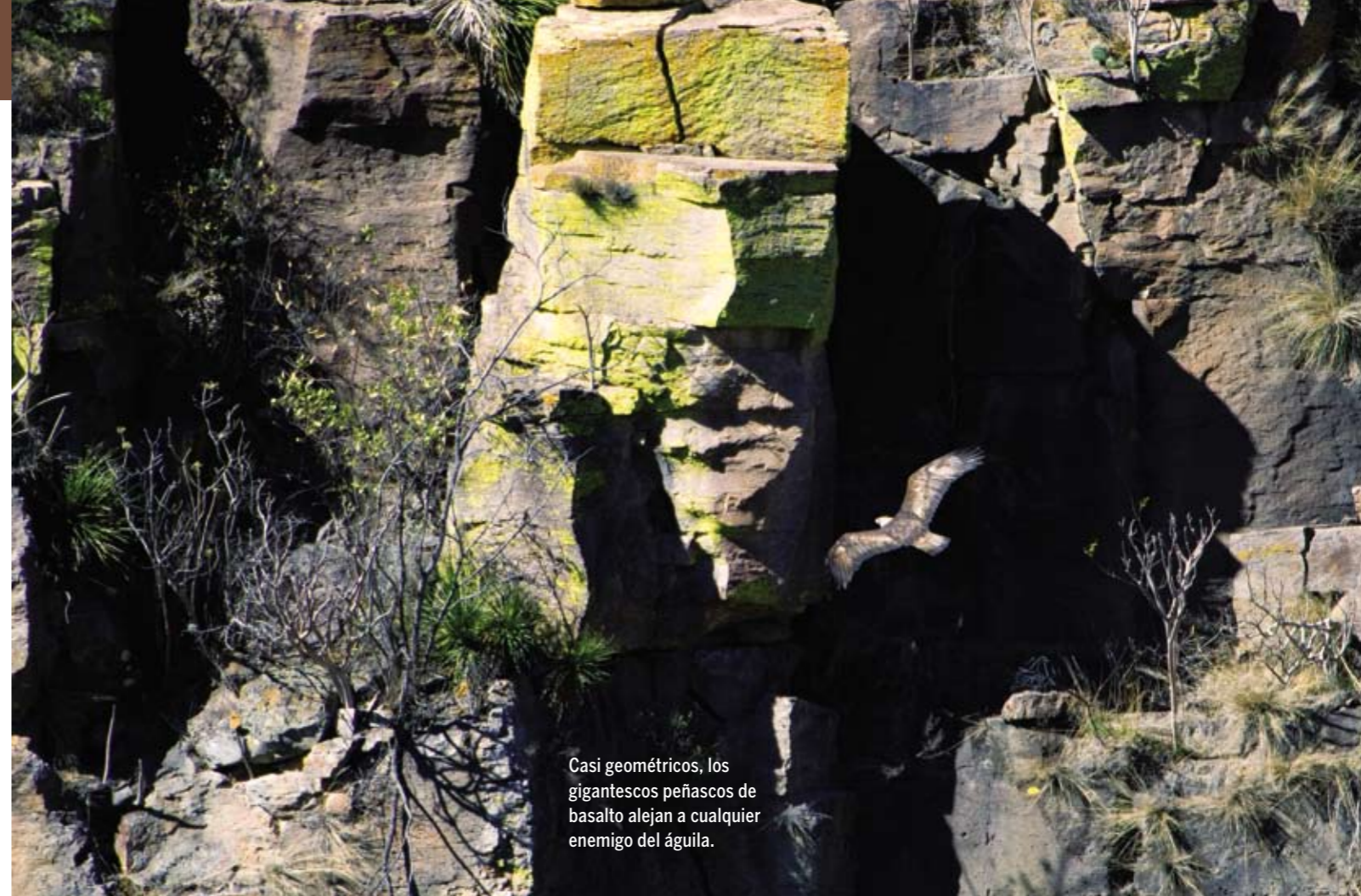
Cuando el águila aparece entre los riscos, el resto de los animales guarda silencio, hasta las vacas que pastaban y mugían segundos antes. Es como una cruz voladora

la cola, encontradas en las perchas después de mucho rastrear”, comenta.

Todos los mamíferos y aves rapaces respetan al águila. Todos se resguardan porque es implacable. Cuando atrapa una presa su garra se cierra en una especie de candado que sólo se va aflojando conforme la víctima muere por desnucamiento o por asfixia.

El águila real lucha con halcones y quebrantahuesos para defender su territorio. Se puede robar un cachorro de perro si no encuentra comida en el bosque, las barrancas o las praderas. Si hay poco alimento para dos crías, una es capaz de matar a la otra, en una práctica que se llama cainismo (en referencia a Caín, el hermano de Abel).

Pero todavía es un misterio mucho del comportamiento del águila real. Esa ave que todos los días ondea en la bandera mexicana mientras devora eternamente a una serpiente. Esa que acelera el corazón cuando se mira lejos de esta tierra. ¶



Casi geométricos, los gigantes peñascos de basalto alejan a cualquier enemigo del águila.



En marzo de 2008 se reunieron por primera vez los representantes de ocho municipios de Zacatecas y Jalisco que protegerán el hábitat del águila real.



Junto a los planos pastizales ganaderos comienzan los despeñaderos que albergan nidos de águilas.